

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**50** El secuestro de Aramburu  
(conclusión)



5.

**U**n momento –se resiste Aramburu–. ¿Así nomás? ¿Ni afeitarme puedo? –¿Para qué quiere afeitarse? –dice, encrespado, Ramus–. Nadie lo va a ver.

–Yo me voy a ver. Nunca imaginé morir sucio. Presentarme sucio ante Nuestro Señor. Tendrían que permitir que me bañara al menos.

–General –dice, con voz potente y algo irritada, Fernando–, basta de vueltas. Dios lo va a recibir en sus brazos llegue como llegue hasta El.

–Siempre pensé llegar limpio.

–A nuestro Señor sólo le importa la limpieza del alma. Piense si eso es lo que le ofrece.

–Ni San Agustín le ofreció eso.

–San Agustín era un pecador sufriente. Sólo su gran dolor lavó sus pecados. No veo en usted un gran dolor.

–Tampoco lo veo en ustedes y van a cometer un pecado supremo.

–Puede ser. Pero si nos arrepentimos no va a ser hoy. Tenemos tiempo. –Fernando se pone muy serio. Su entrecejo se frunce y dos rayas verticales, muy marcadas, se dibujan entre sus cejas–. Le prometemos algo. Vamos a rezar por la salvación de su alma. Hoy mismo, general.

–Quiero un sacerdote –exige Aramburu.

–No podemos –dice Firmenich–. No juegue con nosotros. Usa trampas hasta el último instante. ¿Cómo quiere que traigamos un sacerdote aquí? Todas las rutas están vigiladas. Lo seguirían. Nos encontrarían. Todo habría sido inútil.

–¿Cómo? –dice Aramburu, incrédulo–. ¿No tienen un sacerdote? ¿No se ocuparon de traer uno? ¿O de tenerlo aquí, esperándonos? ¿Qué clase de católicos son ustedes? Yo no les hubiera negado un sacerdote. De haber tenido que fusilarlos, lo primero habría sido reservarles uno. Sépanlo: Valle lo tuvo. Tuvo a su párroco, a monseñor Devoto. Pudo abrazarse a él. Descargar sus pecados, tener su absolución. ¿Dónde está la mía? Valle tuvo a su hija hasta último momento. Pasó ante el pelotón de fusilamiento, que la respetó. Uno de los soldados, un quebrado, llorando le dijo: “Te juro que yo no disparo”. ¿Quién me va a decir eso a mí?

–¡Nadie! –estalla Fernando–. Deje de chantajearnos. ¿Qué sacerdote tuvieron los masacrados de José León Suárez? ¿Qué sacerdote consuela a los obreros peronistas perseguidos, hambreados por su dictadura? ¿Qué sacerdote tuvo Felipe Vallese? ¿Qué sacerdote tuvo cada uno de los militantes populares que murió por Perón durante estos 15 años? –Se serena. No quiere quitarle solemnidad a la ejecución. No quiere que, justo ahora, en el momento culminante, se desbarraque todo. Calmosamente, dice–: Basta, general. Camine hacia ahí. Hacia el sótano.

–¿Y mi familia? –dice Aramburu–. ¿Qué va a pasar con ella?

–Le vamos a enviar sus pertenencias. Y nada más, general. Su familia no corre riesgo alguno. El régimen la va a cuidar como un tesoro. Como víctimas sufrientes. Como los que van a llorar por el resto de sus vidas al verdugo de la Argentina de Perón. Vamos, camine.

Se asoman a la escalera del sótano. Es vieja, insegura. La baranda se bambolea. No hay mucha luz. El sótano es tan viejo como la casa. Tiene setenta años o más. Se trata de un lugar estrecho y lúgubre. En febrero del '69, buscando armamentos, el grupo originario de Montoneros asaltó el Tiro Federal de Córdoba. Una operación simple, pero les redituó más de lo esperado: un montón de fusiles que terminaron por guardar en este sótano. Ahora, la escalera se zarandea peligrosamente. Y si se piensa que Aramburu está amarrado, la situación se torna alarmante. Firmenich baja delante del general, protegiéndolo, impidiendo que pueda caer.

Llegan al sótano. El lugar es estrecho y apenas si media un par de metros de largo.

Entonces Aramburu dice:

–¿Aquí me van a matar? ¿En este sótano?

Fernando es un joven de convicciones firmes y respuestas rápidas.

–Aquí, general. Aquí mismo. Supongo que lo siente indigno de usted. Tendrá que aceptarlo.

–¿Y ustedes me reprochaban haber fusilado a Valle en la Penitenciaría Nacional? ¿Ustedes, que me van a fusilar en un sótano?

Es un diálogo violento. Nada importa la estridencia de las voces, los tonos. La violencia está en lo que se dicen. Son las últimas frases que intercambian y tienen el dramatismo de las cuestiones últimas, extremas, esas en que se discuten la vida, la muerte, el honor.

–Hay cosas que usted no puede entender, Aramburu –dice Fernando, quitándole, ahora sí, el cargo a su pri-

sionero–. Usted fusiló a Valle y era el presidente de la República. El hombre más fuerte del país. Lo pudo matar en la Casa Rosada si quería. Tenía todas las posibilidades. Al tenerlas, sólo la crueldad, sólo el odio explican que le haya destinado la pared de una penitenciaría.

–¿Y qué puede explicar que usted me mate en este sótano?

–Yo no lo mato, general –dice Fernando, seco y firme como siempre–. Lo ajusticio. Represento el deseo del pueblo. Somos la justicia popular.

–¡No me joda, Fernando! Usted es un pendejo de mierda altanero. El pueblo ni sabe lo que está haciendo. Ni se enteró. No sé si ese pueblo al que usted tanto invoca, el pueblo peronista, querría que mataran en un sótano a un general de la República. Es gente de trabajo, pacífica. Ustedes ni los conocen.

–No voy a discutir eso.

–Discutamos otra cosa entonces –dice, encendido de furia, Aramburu–. ¿Cuánto mide este sótano? ¿Dos metros, dos metros y medio? Dígame, Fernando, ¿dónde va a ubicar a sus tiradores?

–No va a haber tiradores. Entienda esto, Aramburu: somos una organización revolucionaria. Usted era el Estado. Podría darse el lujo de tener tiradores. Nosotros no. Trabajamos en la clandestinidad. ¿Sabe qué es la clandestinidad? Es vivir en los sótanos. Usted muere a manos de clandestinos y su muerte es una muerte clandestina. Sólo podemos ofrecerle este sótano.

Aramburu se sienta en una banqueta, contra la pared. Ahora parece cansado. Pero se recupera.

–No me van a poder matar con rifles. Con fusiles.

Un fusilamiento se llama así por las armas que emplea. Fusiles, Fernando. Desde siempre.

–La ejecución será a pistola –dice Fernando–. No hay espacio para otra cosa.

–¿Quién se hará cargo?

–Yo, el jefe del operativo.

–Bien, Fernando. Ahora trate de entender esto: usted no me fusila. Usted me da un tiro de gracia. Es el tiro de gracia el que se da a la distancia desde la que usted se dispone a dispararme. El tiro de gracia es distinto al fusilamiento. El pelotón que hace fuego ignora quién mató al condenado. Luego, alguien procede al tiro de gracia. Es un acto muy impresionante. Porque el que lo hace sabe que es él quien remata al condenado que quedó vivo. Es un tiro a quemarropa. A menudo ese tiro se descarga sobre alguien que aún vive. Si usted me permite, yo diría que se parece demasiado a un asesinato a quemarropa. Eso va a hacer usted ahora. Va a asesinar-me.

–¡Viejo de mierda! –grita Firmenich–. ¡No nos va enredar con esa dialéctica de milico cagón! ¿Dónde aprendió eso, en la Escuela de las Américas?

–No –dice Aramburu–, lo acabo de aprender ahora. Ustedes me están asesinando.

Fernando sonrre apretando los dientes.

–Usted fue juzgado por un tribunal revolucionario. Usted es un asesino. Un enemigo del pueblo peronista. Un defensor del régimen de explotación que somete a nuestra patria. Un hombre que injurió a Eva Perón, mujer que valía más que usted y que todos nosotros. No me importa dónde ni cómo lo mato. Sólo sé que tengo que hacerlo. Y que ese acto es justo. Y yo, al hacerlo, también. –Gira hacia los suyos–. Váyanse. Vos, Pepe, ponete a golpear una morsa con una llave. Hay que ahogar el ruido de los balazos.

Salen.

Fernando y Aramburu quedan solos.

Fernando saca la 9mm.

–No va a sufrir, general –dice.

–No me importa sufrir. Lamento perder mi vida.

–Terminaron las palabras –dice Abal.

Levanta la pistola y apunta hacia el cuerpo de Aramburu. A lo sumo, un metro escaso lo separa de él.

–Voy a proceder, general.

Aramburu se pone en pie. Se miran por última vez. Aramburu dice:

–Proceda.

Fernando hace fuego. Le dispara al pecho. No al corazón, no a la cabeza. Al pecho. Por ahí entra la bala.

Aramburu sale despedido hacia atrás y queda en el hueco entre la banqueta y la pared. Pero su sangre estalla en las paredes. Y hasta mancha la camisa de Fernando. Y su cara.

Fernando se le acerca. Y le tira, con la 9mm., dos tiros más. Luego guarda la 9mm. y saca la 45. Le dispara de nuevo. A la cabeza. Otra vez la sangre lo salpica. Acaso, aquí, piense sorprendido que el viejo tenía demasiada sangre. No esperaba eso.

Lo saca del hueco en que está y lo acuesta sobre el suelo. Pudorosamente, lo tapa con una manta. Esa



manta no está ahí por azar. Está por dos motivos. Fernando cree que los muertos merecen respeto. Que están indefensos ante la mirada de los vivos. Que hay siempre una indefinible sensación de superioridad en el que mira a un cadáver. No quiere ese deshonor para Aramburu. Y también porque el de Aramburu no es un cadáver fácil de ver. Sobre todo si es uno el que lo mató. Pre-nuncia demasiadas cosas: venganzas, catástrofes, escándalos, persecuciones. Y la sangre. Este hecho ha sido, para él, inesperado. Como lo es que despierte en su conciencia, obsesivamente, como un timbal que no cesa, que marca un ritmo sistemático, acompasado y lúgubre, una de las tantas frases que dijo Aramburu, casi previsible, pero que ahora esa sangre torna presagiosa, temiblemente profética: “Mi sangre va a reclamar la de ustedes”.

Se acerca hacia la escalera.

–¡Vengan, carajo! –grita.

Son las 7.30 de la mañana del 1º de junio de 1970. Todos saben qué hacer. Empiezan a cavar un pozo. Cavan hondo. Como si los hubiera apresado ese viejo temor: que los muertos no regresen, para eso los enterramos, para que tengan paz y para que la tengamos nosotros. Terminan la tarea.

–Acérquense –dice Fernando, que está junto al cadáver. Dice–. Voy a retirar la manta. Quiero que todos lo veamos muerto. Que llevemos esa imagen en nuestros corazones. Ese cuerpo muerto de ese general asesino es nuestra obra. Nuestra primera gran operación. Exigió su vida y va a exigir la de otros. Estamos en guerra. Tal vez sea tan dura, tan larga, que exija también las nuestras.

Quita la manta y todos miran el cadáver de Aramburu. Fernando, otra vez, lo cubre. Lo depositan en el pozo. Lo cubren de tierra. A golpes de pala aplastan la tumba. Luego apilan sobre ella tres bolsas de cal.

Fernando se concentra en sí mismo. Apoya su mentón en su pecho. Con voz clara, sensible. Con cautela, con un inocultable sentimiento cristiano de piedad, sus compañeros lo escuchan decir:

–Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma. Amén.

–Amén –dicen todos.

6.

Esperan la noche para volver a Buenos Aires.

Durante el día, hablan poco. Fernando se la pasa durmiendo.

A eso de las 20 se alejan de Timote.



Van en la pick-up *Gladiator*. Es noche cerrada. Hay una luna alta, tan perfectamente circular como el sueño de un compás infalible, perfecto. Hay estrellas. Es una noche de otoño espléndida. Fernando se empeñó en manejar. No le gusta a Firmenich. Lo ve asumiendo todo. Si él no lo hace, se hace mal o no se hace, o se estropea. Es el vicio, la altanería y hasta la demencia de los malos jefes: sentirse irremplazables. No delegar nada. Al final terminan jugándose la vida en todos los operativos y los revientan en el más pelotudo de todos. Habrá que vigilarlo a Fernando. Nadie mata a Aramburu y sigue siendo el mismo tipo. Es posible que el Pepe tenga razón. Que Fernando se sienta la encarnación de la Historia. El vengador de todos los mártires del peronismo. Sería una lástima. O no tanto. El Pepe es un tipo con ambiciones, con demasiadas. El extravío de Fernando dejaría la jefatura en sus manos, algo que no le desagradaba. Lo mira a Fernando. Tiene la mirada fija en el camino. Es un camino de mierda. De tierra, pocado, húmedo. Patinás y te vas de cabeza a la banquina. Para colmo, Fernando no le hace asco a la velocidad.

—¿En qué pensás? —le pregunta.

Fernando no contesta. Piensa en tantas cosas que no oyó la pregunta de Firmenich. Muerto Aramburu, Montoneros adquiere un prestigio mítico entre los peronistas. No fue un asesinato. Hicimos lo que el pueblo quería. Hicimos su justicia. La justicia del pueblo. Lo ajusticiamos al gorila sanguinario. Estaba en el espíritu de los tiempos. Está en el corazón de los pobres. De los que tienen en su casa la foto de Evita, la de Perón en el caballo pinto. Los que a la foto de Evita todavía le ponen velas. Porque, para ellos, es una santa. A esa santa se la niega, la crueldad de Aramburu y los suyos. Ahora van a aflojar. O nos dan a Evita o los seguimos amasijando a todos. Si nos dan a Evita, no se la damos a Perón. Nos vamos a las villas, a la 31 sobre todo, y la ponemos en manos de los pobres, a los que ella ayudó. Es de ellos, les pertenece. Vivió para ellos y ellos la tienen que tener. Y después, nos damos una organización de superficie. La juventud se va a enamorar de nosotros. La juventud quiere guerreros, tipos que se juegan las pelotas. Claman por vanguardias. Nosotros le vamos a dar la mejor. A la mierda con los planes electorales de los milicos. *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Qué bien suena eso. Y así, a los tiros, lo traemos al Viejo. Y le decimos: General, usted es el líder, pero nosotros somos la organización revolucionaria de vanguardia y, sin nosotros, usted no volvía. De modo que usted, por

supuesto, lleva la conducción estratégica, como siempre. Pero esa conducción, ahora, la comparte con nosotros. Es necesario, general. Por su edad. Porque hay que pensar en quién lo va a heredar. ¿Y quién sino nosotros? Los que lo trajimos. Los que pusimos las pelotas, arriesgamos la vida, liquidamos gorilas al por mayor. Y si no le gusta, le va a tener que gustar, vea. Porque son tantas las cosas que vamos a hacer. Es tanto el poder que vamos a acumular en este país, que, o se nos une, o se vuelve a Madrid, con los perritos bandidos, con las pantuflas, con esa puta de Isabelita, cabaretera de mierda, la versión degradada, cómica, de Eva. La única. Que si viviera estaría aquí, con nosotros. En esta pick-up, general. Rajándose de Timote. Feliz como nunca, porque en el momento más álgido, cuando yo bajaba la escalera para reventarlo a Aramburu, me dijo: “Pará, pibe. No me saqué ese gusto”. Y lo amasijó ella. Y si no me cree, le juro algo, por mi honor se lo juro: cuando hice fuego sobre el gorila fusilador era ella la que estaba en mi corazón, dándome coraje. Mire qué hermosa noche, general. Las estrellas no caben en el cielo sin nubes. Y la luna es redonda, inmensa. Como si quisiera iluminar nuestro triunfo de hoy y hasta los que vendrán. Entonces, casi sin proponérselo, inesperadamente, le brota una frase que oyen todos, porque le brota fuerte, plena, llena de esperanzas, comiéndose el futuro.

Supongamos que dice:

—No nos para nadie.

Acelera.

## 7.

MONTONEROS  
COMUNICADO N° 4  
1 de junio de 1970

AL PUEBLO DE LA NACION:

La Conducción de Montoneros comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.

Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma.  
PERON O MUERTE - VIVA LA PATRIA

Fin de

“El secuestro de Aramburu”



## TESTIMONIOS

*El fragmento que reproducimos a continuación pertenece*

al ya clásico que los Montoneros publicaran en La causa peronista, N° 9 del 3 de septiembre de 1974. La revista fue cerrada luego de este número, por lo cual —según versiones de la época— Montoneros habría publicado el relato para lograr ese resultado y avalar el pase a la clandestinidad de la organización. O sea, ya nada se podía hacer “en superficie”. El fragmento es el del final y narra el juicio y la ejecución de Aramburu. Notarán los lectores que aún no hemos utilizado la palabra “ajusticiamiento” ni el concepto de “justicia popular”, así como tampoco la palabra “asesinato”. Requerirán cuidadosos análisis posteriores. Sé que esta actitud enfurecerá a los que sostienen —enfrentadas— las dos posiciones (asesinato/ajusticiamiento): ¿para qué tantos “cuidadosos análisis” ante un evidente asesinato o una clara acción de justicia popular? Tampoco faltarán los que ya empiecen a hablar de esa maquinaria de no pensar que es la “teoría de los dos demonios”. No jodan más: no hay dos demonios. Hace rato que lo dijimos. Pero eso no nos va a frenar para analizar los asesinatos de la guerrilla argentina. Acaso convenga ya decirlo aquí: en el relato que se ha leído hay una sola frase que arrasa con la teoría de los dos demonios. Y es cuando Abal Medina le dice a Aramburu: “Los montoneros no torturan”. Luego asesinarán alevosamente a Rucci, a Mor Roig y a muchos más. Pero es cierto: la tortura no formó jamás parte de la estrategia de la guerrilla. En tanto que llegó a niveles de crueldad indescriptible en las patotas militares, en sus repugnantes cuadros genocidas.

La “cuestión Aramburu” encuentra en el “juicio” su nivel más hondo. De aquí que, de La causa peronista, transcribamos ese fragmento.

Es el siguiente:

“Empieza el juicio

”Metimos a Aramburu en un dormitorio, y ahí mismo esa noche le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

”—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario. Recién ahí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue:

”—Bueno.

”Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama, sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo en la primera vuelta.

”Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento y fatigoso porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo y él se atuvo a esa ventaja, demorando las respuestas a cada pregunta, contestando: ‘no sé’, ‘de eso no me acuerdo’, etc.

”El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Valle y los otros patriotas que se alzaron con él, el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso él estaba de viaje en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los sublevados. Le leímos la crónica de los fusilamientos de civiles en Lanús y José León Suárez.

”No tenía respuesta. Finalmente reconoció: ‘Y bueno, nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios’.

”Le leímos la conferencia de prensa en que el almirante Rojas acusaba al general Valle y los suyos de marxistas y de amorales. Exclamó: ‘¡Pero yo no he dicho eso!’ Se le preguntó si de todos modos lo compartía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró quizá porque pensó que la cosa terminaba ahí. ‘Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa’, dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del ’56. Esa declaración se mandó a los diarios, y creo que apareció publicada en *Crónica*.

”El proyecto de GAN’ (Gran Acuerdo Nacional)

”El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas, lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad, dijo que era ‘un simple amigo’. Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero ape-

nas se apagaba el grabador compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que sólo un gobierno de transición —para el que él se consideraba capacitado para ejercer— podía salvar la situación. Su proyecto era, en definitiva, el proyecto del GAN, que luego impulsaría Lanusse: la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes.

”Eva Perón

”Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras yo creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

”Sobre ese tema no puedo hablar’, dijo Aramburu, ‘por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura’.

”Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor.

”Insistimos. Al fin dijo: ‘Tendría que hacer memoria’.

”Bueno, haga memoria’.

”Anochecía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió para ir al baño. Después encontramos algunos papilitos rotos, escritos con letra temblorosa. Volvimos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

”La sentencia

”Era ya la noche del 1.º de junio. Le anunciamos que el Tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más. Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada Fernando le comunicó la sentencia:

”General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

”Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar. Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda. Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitarse. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

”Si no pueden traer un confesor’ —dijo—, ‘¿cómo van a sacar mi cadáver?’

”Avanzó dos o tres pasos más. ‘¿Qué va a pasar con mi familia?’, preguntó. Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

”El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del ’69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

”Ah, me van a matar en el sótano’, dijo. Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

”Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabili-

dad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los disparos.

”General’ —dijo Fernando—, ‘vamos a proceder’. —Proceda —dijo Aramburu.

”Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia, con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.

”Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba, a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada. La salida de Aramburu era una réplica exacta del GAN de Lanusse. Este manuscrito y el otro en que Aramburu negaba haber difamado a Valle, fueron capturados por la policía en el allanamiento a una quinta en González Catán. El gobierno de Lanusse no los dio a publicidad.”

*El otro testimonio que ofrecemos es el de un ideólogo de la ratio militar. Un hombre que defendió con pasión las acciones del Proceso de Reorganización Nacional. Se trata de José Claudio Escribano. Esperemos que el señor Escribano tenga sentido del humor y disfrute del siguiente chiste político. Se encuentran dos personas. Toman unos tragos juntos en el lobby de un hotel. Empiezan a conocerse. Uno le pregunta al otro: “Y dígame, ¿cuál es su ideología política?”. El otro responde: “¿Lo ubica a Hitler?”. “Sí, claro.” “Bueno, yo, un cachito a la derecha.”*

*El escrito de José Claudio Escribano se publicó el lunes 29 de mayo de 2000 en el diario La Nación.*

*Es el siguiente:*

”La dimensión moral de un prisionero

”Los diarios se equivocan, y es así, simplemente, por la sencilla razón de que están escritos por hombres. Publican con mayor o menor frecuencia errores informativos y de apreciación, que enmiendan según la importancia acordada a cada traspie y al sentido de responsabilidad profesional con el cual actúan en su relación con los lectores. Es un capítulo definido por normas, estilos y tradiciones de conducción editorial.

”Otras veces —afortunadamente, las más— la relectura de viejas piezas periodísticas no suscita en el alma de un diario sino la convicción de que debería volver a ser escrito exactamente como lo había sido en su momento. Eso no obsta para que gentes con diferentes criterios o compromisos ante la vida puedan pretender que un diario se rectifique de opiniones sobre las cuales él siente que nada debe corregir respecto de lo que en el pasado afirmó sobre instituciones o personas.

”Ilustra, sobre tal tipo de observaciones, la reproducción de un fragmento de la desaparecida columna de opinión de *La Nación* ‘La semana política’, publicada en la edición del domingo 20 de octubre de 1974. Ese fragmento está referido al robo del féretro de Aramburu, que la banda terrorista Montoneros, que lo había asesinado en 1970, acababa de perpetrar en el cementerio de la Recoleta.

”En el periódico *La causa peronista*, los Montoneros habían hecho poco antes, por añadidura, un relato pormenorizado del secuestro, ‘juzgamiento’ y ‘ejecución’ del ex presidente provisional de la Nación. El artículo con la reconstrucción por los propios actores del crimen con el cual se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina corresponde a la edición de *La causa peronista*, del 3 de septiembre de 1974.

”Con prescindencia de la jerga utilizada por los asesinos para intentar teñir de legalidad ese hecho horrendo, *La Nación* opinó de la manera siguiente: ‘...el grupo que secuestró a Aramburu actuó con la certeza de que tenía en su poder a un hombre capaz de influir en el curso de los acontecimientos más profundos de la vida del país. Al parecer, al tenerlo cautivo y oír sus serenas razones para avanzar hacia la conciliación entre todos los argentinos, los secuestradores resolvieron quitarle la vida como un modo de aceptar que la dimensión moral del prisionero hacía insosteni-

ble y ridícula la tarea de sus captores. Los que narraron el asesinato pretendieron ser cínicos al describir los detalles, pero, como envueltos en una fuerza administrativa más rigurosa que el deseo de mostrarse desdeñosos, no pudieron ocultar su impresión ante las actitudes de una víctima que los juzgaba desde la altura de su entereza. Tenían ante ellos a un hombre sobradamente maduro que, con las manos atadas, antes de dar él mismo la orden para que el matador apretase el gatillo, le indicó al asesino que le atara los cordones de los zapatos. Era una manera de poner las cosas en su lugar y a los protagonistas en su respectivo nivel. Todo esto lo han contado los mismos que, arrastrados por un impulso irresistible, acaban de apoderarse del ataúd en un acto que concluye por aproximarse a la necrofilia y a la devoción patológica más que a una venganza saturada por el vaho de los sepulcros’.



”Esa escena con el condenado pidiendo a quienes van a disparar mortalmente contra su cuerpo que se ocupen del aliño de zapatos que no tendrán más uso que en el acto de morir en apenas unos instantes, era por sí misma suficientemente abarcadora del perfil moral del teniente general Aramburu. Pero, en verdad, el ex presidente había requerido algo más: la visita de un sacerdote, que hubiera clemencia con su familia y que le alcanzaran elementos para afeitarse.

”Eugenio Aramburu, su único hijo varón, recuerda haber escuchado más de una vez de su padre la voluntad de presentarse lo más decorosamente posible ante el Creador cuando le llegara la hora de la muerte.

”La confesión hecha públicamente por los Montoneros confirmó que Aramburu había logrado ese propósito en la trágica hora final. Menos conocido por todos es que El Vasco nunca consiguió visitar España a pesar de la intensidad de su anhelo por hacerlo.

”Se negó a pisar tierra española mientras rigiera la dictadura, que detestaba, del generalísimo Francisco Franco. Quienes sí cultivaban, desde sus orígenes hasta el fin de la Guerra Civil Española, la amistad con tamaña dictadura eran algunos de los fascistas vernáculos que habían inspirado al grupo originario de Montoneros, precisamente el que operó en el secuestro y asesinato del teniente general Aramburu.



”En un viaje que realizó a Europa, después de haber sido presidente, todo lo que Aramburu pudo lograr fue reunirse con sus parientes del país vasco en San Juan de Luz, en territorio francés, próximo a la frontera franco-española.

”La Francia de la libertad, la fraternidad y la igualdad era tan apropiada para la figura democrática de Aramburu como la España de Franco lo fue para acoger al dictador que en 1955 recorrió sucesivos capítulos del exilio y desde allí estimuló a esas ‘formaciones especiales’ que, después de haber contribuido a su retorno y acceso al poder, recibieron de su parte, el 1º de mayo de 1974, en la Plaza de Mayo de los grandes actos del peronismo, el puntapié histórico en el lugar innombrable por ensoberbecidas e ‘imberbes’.

Así trató a las ‘formaciones especiales’ como Montoneros, desde el balcón que sería de Madonna en los noventa, el general-presidente que ya veía asomarse la muerte entre los arrumacos de su mujer, Isabelita, y del poderoso ministro-mayordomo José López Rega. La Argentina, entretanto, se hundía aceleradamente en uno de sus períodos más siniestros.”

(NOTA: Termina aquí la entrega N° 50. Son las que habíamos prometido. Habrá, por supuesto, muchas más, dado que estamos recién dando fin a la cuestión Aramburu. Lo que resta es enorme. Ya pasó esto con “La filosofía y el barro de la historia”. Iban a ser 20. Luego 35. Terminaron siendo 55. Hoy son un libro de 814 páginas. No podemos calcular cuántas entregas faltan. Entramos en terrenos decisivos y terribles. Todos lo saben. Lo que se avecina es una tragedia seguida de una catástrofe humanitaria. ¿Quién podría decir cuántas palabras, cuántas páginas harán falta para narrarlas? Ojalá podamos hacerlo.)

Colaboración especial:  
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO  
DOMINGO

Consideraciones  
teóricas sobre  
“El secuestro  
de Aramburu”

IV Domingo 2 de noviembre de 2008